

XI. ORACIÓN Y VIGILANCIA

«David Brainerd fue perseguido por adversarios sobrenaturales, resueltos a robarle su recompensa. Sabía que nunca debía quitarse la armadura, sino descansar con el coselete ajustado. Las manchas que afeaban la perfección de su lustrosa vestidura, las manchas de óxido en su brillante escudo, son imperceptibles para nosotros; pero fueron, para él, fuente de mucho dolor y de ardiente anhelo.» — *VIDA DE DAVID BRAINERD*.

LA DESCRIPCIÓN del soldado cristiano dada por Pablo en el sexto capítulo de la Epístola a los Efesios es compacta y exhaustiva. Se le representa como estando siempre en el conflicto, el cual tiene muchas estaciones fluctuantes — estaciones de prosperidad y adversidad, luz y oscuridad, victoria y derrota. Ha de orar en todo tiempo, y con toda oración, añadiendo esto a la armadura con la que ha de salir a la batalla. En todo momento, ha de tener la plena panoplia de la oración. El soldado cristiano, si pelea para vencer, debe orar mucho. Solo por este medio se le capacita para derrotar a su inveterado enemigo, el diablo, junto con los múltiples emisarios del Maligno. «Orando en todo tiempo con toda oración» es la dirección divina que se le da. Esto cubre todas las estaciones y abarca toda clase de oración.

Los soldados cristianos, que pelean la buena batalla de la fe, tienen acceso a un lugar de retiro, al cual recurren continuamente para orar. «Orando en todo tiempo con toda oración» es una declaración clara de la necesidad imperiosa de orar mucho, y de orar de muchas maneras, por parte de aquel que, peleando la buena batalla de la fe, quisiera triunfar, al final, sobre todos sus enemigos.

La Versión Revisada lo expresa de esta manera:

«Con toda oración y súplica, orando en todo tiempo en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos, y por mí, a fin de que me sea dada palabra al abrir mi boca para dar a conocer con denuedo el misterio del Evangelio, por el cual soy embajador en cadenas.»

No se puede afirmar con demasiada frecuencia que la vida del cristiano es una guerra, un conflicto intenso, una contienda de por vida. Es, además, una batalla librada contra enemigos invisibles, que están siempre alerta y que siempre buscan atrapar, engañar y arruinar las almas de los hombres. La vida a la que la Sagrada Escritura llama a los hombres no es un picnic ni una juerga festiva. No es un pasatiempo, ni un viaje de placer. Implica esfuerzo, lucha, forcejeo; exige el despliegue de toda la energía del espíritu para frustrar al enemigo y salir, al final, más que vencedor. No es un camino de rosas, ni un devaneo perfumado de rosas. De principio a fin, es guerra. Desde la hora en que desenvaina la espada por primera vez, hasta aquella en que se quita el arnés, el guerrero cristiano se ve compelido a «soportar las penalidades como buen soldado».

¡Qué concepción errónea tiene mucha gente de la vida cristiana! ¡Cuán poco parece saber el miembro promedio de la iglesia acerca del carácter del conflicto y de sus exigencias sobre él! ¡Cuán ignorante parece ser de los enemigos que debe enfrentar, si se compromete a servir a Dios fielmente y así lograr llegar al cielo y recibir la corona de la vida! Apenas parece darse cuenta de que el mundo, la carne y el diablo se opondrán a su marcha ascendente y lo derrotarán por completo, a menos que se entregue a la vigilancia constante y a la oración incesante.

El soldado cristiano no lucha contra carne y sangre, sino contra maldades espirituales en las regiones celestes. O, como dice el margen de la Escritura: «espíritus malvados en las regiones celestes». ¡Qué temible formación de fuerzas se opone a aquel que quisiera abrirse camino a través del desierto de este mundo hasta los portales de la Ciudad Celestial! No es sorpresa, por tanto, encontrar a Pablo, que entendía tan bien el carácter de la vida cristiana, y que estaba tan completamente informado sobre la malignidad y el número de los enemigos que el discípulo del Señor debe enfrentar, instándole cuidadosa y claramente a «vestirse de toda la armadura de Dios» y a «orar con toda oración y súplica en el Espíritu». Sabía, con gran sabiduría, sería la generación presente si todos los profesantes de nuestra fe pudieran ser inducidos a realizar esta verdad de vital

importancia, que es tan absolutamente indispensable para una vida cristiana exitosa.

Es precisamente en este punto de gran parte de la profesión cristiana actual donde uno puede encontrar su mayor defecto. Hay poco o nada del elemento de soldado en ella. La disciplina, la abnegación, el espíritu de dureza, la determinación, tan prominentes en la vida militar y pertenecientes a ella, faltan en gran medida, una por una. Sin embargo, la vida cristiana es guerra, todo el camino.

Cuán exhaustivas, punzantes y sorprendentes son todas las direcciones de Pablo al soldado cristiano, que está decidido a frustrar al diablo y a salvar su alma viva! En primer lugar, debe poseer una idea clara del carácter de la vida en la que ha entrado. Luego, debe saber algo de sus enemigos — los adversarios de su alma inmortal — su fuerza, su habilidad, su malignidad. Por lo tanto, sabiendo algo del carácter del enemigo y reconociendo la necesidad de preparación para vencerlos, está preparado para escuchar la conclusión decisiva del Apóstol:

«Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo hecho todo, estar firmes.»

Todas estas direcciones terminan en un clímax; y ese clímax es la oración. ¿Cómo puede el valiente guerrero de Cristo hacerse aún más valiente? ¿Cómo puede el soldado fuerte hacerse aún más fuerte? ¿Cómo puede el batallador victorioso hacerse aún más victorioso? He aquí las direcciones explícitas de Pablo para ese fin:

«Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.»

La oración, y más oración, añade a las cualidades de lucha y a las victorias más seguras de los buenos combatientes de Dios. El poder de la oración es muy contundente en el campo de batalla, en medio del fragor y la contienda del conflicto. Pablo fue eminentemente un soldado de la Cruz. Para él, la vida no era

un lecho florido de facilidades. No era un soldado de parada o de día festivo, cuyo único negocio era vestir un uniforme en ocasiones señaladas. La suya fue una vida de conflicto intenso, de enfrentar a muchos adversarios, del ejercicio de una vigilancia sin sueño y de un esfuerzo constante. Y, al final — a la vista del fin — le oímos cantar su canto final de victoria: «He peleado la buena batalla», y leyendo entre líneas, vemos que es más que vencedor.

En su Epístola a los Romanos, Pablo indica la naturaleza de su vida de soldado, dándonos algunas perspectivas del tipo de oración necesaria para tal carrera. Escribe:

«Os ruego, pues, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los incrédulos que están en Judea» (Romanos 15:30, 31).

Pablo tenía enemigos en Judea — enemigos que le acosaban y se le oponían en forma de *hombres incrédulos* — y esto, añadido a otras razones de peso, le llevó a instar a los cristianos romanos a que «*se esforzaran con él en oración*». Esa palabra «*esforzar*» indicaba lucha cuerpo a cuerpo, el ejercicio de un gran esfuerzo. Este es el tipo de esfuerzo, y esta la clase de espíritu, que debe poseer al soldado cristiano.

Aquí hay un gran soldado, un capitán general, en la gran lucha, enfrentado a fuerzas malignas que buscan su ruina. Su fuerza está casi agotada. ¿Con qué refuerzos puede contar? ¿Qué puede ayudar y traer éxito a un guerrero en una emergencia tan apremiante? Es un momento crítico en el conflicto. ¿Qué fuerza puede añadirse a la energía de sus propias oraciones? La respuesta es: en las oraciones de otros, incluso las oraciones de sus hermanos que estaban en Roma. Estas, cree él, le traerán ayuda adicional, para que pueda ganar su lucha, vencer a sus adversarios y, finalmente, prevalecer.

El soldado cristiano debe orar en todo tiempo y bajo todas las circunstancias. Su oración debe estar dispuesta de manera que cubra tanto sus tiempos de paz como sus horas de conflicto activo. Debe estar disponible en su marcha y en su lucha. La oración debe impregnar todo esfuerzo, fecundar todas las empresas y

decidir todas las cuestiones. El soldado cristiano debe ser tan intenso en su oración como en su lucha, porque sus victorias dependerán mucho más de su oración que de su lucha. La súplica ferviente debe añadirse a la resolución firme; la oración y la súplica deben suplementar la armadura de Dios. El Espíritu Santo debe ayudar la súplica con Su propia y enérgica intercesión. Y el soldado debe orar en el Espíritu. En esto, como en otras formas de guerra, la vigilancia eterna es el precio de la victoria; y así, la vigilancia y la perseverancia constante deben caracterizar cada actividad del guerrero cristiano.

La oración del soldado debe reflejar su profunda preocupación por el éxito y el bienestar de todo el ejército. La batalla no es del todo un asunto personal; la victoria no puede lograrse para uno mismo solamente. Hay un sentido en el que todo el ejército de Cristo está involucrado. La causa de Dios, Sus santos, sus aflicciones y pruebas, sus deberes y cruces, todo debe encontrar una voz y un intercesor en el soldado cristiano cuando ora. No se atreve a limitar su oración a sí mismo. Nada seca las *secretaciones espirituales* tan cierta y completamente; nada envenena la fuente de la vida espiritual tan eficazmente; nada actúa de manera tan mortal como la oración egoísta.

Obsérvese cuidadosamente que la armadura del cristiano de nada le valdrá, a menos que se le añada la oración. Este es el eje, el eslabón de conexión de la armadura de Dios. Esto la mantiene unida y la hace efectiva. El verdadero soldado de Dios planifica sus campañas, dispone sus fuerzas de batalla y conduce sus conflictos con oración. Es de suma importancia y absolutamente esencial para la victoria que la oración impregne tanto la vida que cada respiro sea una petición y cada suspiro una súplica. El soldado cristiano debe estar siempre luchando. Debería, por pura necesidad, estar siempre orando.

El soldado cristiano está obligado a un constante servicio de centinela. Debe estar siempre en guardia. Se enfrenta a un enemigo que nunca duerme, que está siempre alerta y siempre preparado para aprovecharse de las vicisitudes de la guerra. La vigilancia es un principio cardinal para el guerrero de Cristo: «*Velad y orad*», resuena para siempre en sus oídos. No puede atreverse a dormirse en su puesto. Tal descuido no solo le trae el desagrado del Capitán de su salvación, sino

que le expone a un peligro adicional. La vigilancia, por tanto, constituye imperativamente el deber del soldado del Señor.

En el Nuevo Testamento hay tres palabras diferentes que se traducen como «*velar*». La primera significa «*ausencia de sueño*» e implica un estado de ánimo despierto, en oposición a la apatía; es una exhortación a permanecer despierto, circunspecto, atento, constante, vigilante. La segunda palabra significa «*completamente despierto*» — un estado inducido por algún esfuerzo que despierta, que excita la facultad a la atención y al interés, activo, cauto, no sea que por descuido o indolencia, alguna calamidad destructiva sobrevenga repentinamente. La tercera palabra significa «*estar calmado y sereno de espíritu*», desapasionado, no tocado por influencias soñolientas u ofuscadoras, una cautela contra todos los escollos y engaños.

Las tres definiciones son usadas por San Pablo. Dos de ellas se emplean en relación con la oración. La vigilancia intensificada es un requisito para la oración. La vigilancia debe guardar y cubrir a todo el hombre espiritual y prepararlo para la oración. Todo lo que se parezca a la falta de preparación o a la no vigilancia es muerte para la oración.

En Efesios, Pablo da prominencia al deber de la vigilancia constante: «*Velando en ello con toda perseverancia y súplica*» (Efesios 6:18). Velad, dice él, velad, ¡VELAD! «*Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*» (Marcos 13:37).

La vigilia sin sueño es el precio que uno debe pagar por la victoria sobre sus enemigos espirituales. Tened por seguro que el diablo nunca se duerme. Siempre está «*andando alrededor, buscando a quién devorar*» (1 Pedro 5:8). Así como un pastor nunca debe ser descuidado y desatento no sea que el lobo devore a sus ovejas, así el soldado cristiano debe tener siempre los ojos bien abiertos, lo que implica su posesión de un espíritu que ni se adormece ni se vuelve descuidado. Los compañeros inseparables y las salvaguardas de la oración son la vigilancia, la atención y una guardia montada. Al escribir a los Colosenses, Pablo une estas

cualidades inseparables: *«Perseverad en la oración»*, ordena, *«velando en ella con acción de gracias»* (Colosenses 4:2).

¿Cuándo aprenderán los cristianos más a fondo la doble lección de que están llamados a una gran guerra y de que, para obtener la victoria, deben entregarse a la vigilancia sin sueño y a la oración sin cesar?

«Sed sobrios, y velad», dice Pedro, *«porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar»* (1 Pedro 5:8).

La Iglesia de Dios es una hueste militante. Su guerra es contra las fuerzas invisibles del mal. El pueblo de Dios compone un ejército que lucha por establecer Su reino en la tierra. Su objetivo es destruir la soberanía de Satanás y, sobre sus ruinas, erigir el Reino de Dios, que es *«justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo»* (Romanos 14:17). Este ejército militante está compuesto por soldados individuales de la Cruz, y la armadura de Dios es necesaria para su defensa. La oración debe añadirse como aquello que corona todo.

«Permaneced, pues, en Su gran poder,

Con toda Su fuerza investidos;

Pero tomad, para armaros para la lucha,

La panoplia de Dios.»

La oración es un deber demasiado simple y demasiado evidente como para necesitar definición. La necesidad da ser y forma a la oración. Su importancia es tan absoluta que la vida del soldado cristiano, en toda su amplitud e intensidad, debería ser una vida de oración. Toda la vida del soldado cristiano — su ser, intención, implicación y acción — depende de que sea una vida de oración. Sin oración — sin importar qué más tenga — la vida del soldado cristiano será débil e ineficaz, y le constituirá en presa fácil para sus enemigos espirituales.

La experiencia cristiana será insípida, y la influencia cristiana será seca y árida, a menos que la oración tenga un lugar elevado en la vida. Sin oración, las gracias cristianas se marchitarán y morirán. Sin oración, podemos añadir, la predicación es sin filo y una cosa vana, y el Evangelio pierde sus alas y su fuerza.

Cristo es el legislador de la oración, y Pablo es Su apóstol de la oración. Ambos declaran su primacía e importancia y demuestran el hecho de su indispensabilidad. Sus directrices sobre la oración cubren todos los lugares, incluyen todos los tiempos y comprenden todas las cosas. ¿Cómo, entonces, puede el soldado cristiano esperar o soñar con la victoria, a menos que esté fortificado por su poder? ¿Cómo puede fracasar si, además de ponerse la armadura de Dios, está, en todo tiempo y sazón, «*velando en oración*»?